

3. OTROS ARTICULOS

ESTUDIO DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMERICA LATINA Y LA CUESTION DE LA AUTONOMIA

Judith Adler Hellman (*)

El estudio de los movimientos sociales en America Latina se ha convertido con el tiempo en una materia de indudable interés académico. El hecho de que los movimientos de mujeres, pacifistas, ecologistas, de autoayuda comunitaria y otros movimientos similares hayan aparecido en America Latina, Europa Occidental y en América del Norte ha llevado a algunos teóricos a perfilar amplias generalizaciones comparativas sobre el fenómeno. Tan estimulante como puede ser comparar movimientos que se producen en tres continentes, es sin embargo importante identificar tanto las diferencias como las similitudes entre los movimientos que se han desarrollado en los países industrialmente avanzados y aquellos otros movimientos que han surgido en América Latina.

DISTINCIONES IMPORTANTES

Algunos de los autores que han pasado a interesarse por estos movimientos sociales a través de la experiencia en America Latina han afirmado que éstos surgen donde la izquierda ha sido suprimida, precisamente por que ésta ha sido suprimida (1). El desarrollo de movimientos de base en lugares como Chile, Brasil o México se ha tomado a menudo como evidencia de que tales movimientos son el resultado del efecto sofocante de un régimen autoritario. El análisis de estos casos sugeriría que los movimientos florecen en entornos marcados por una institucionalización democrática imperfecta o donde existen oportunidades limitadas para la abierta expresión política. El surgimiento de los nuevos movimientos sociales es concebido, por

lo tanto, como un intento de llenar el vacío creado por la represión de otras formas legítimas de organización y representación popular.

Si bien esta afirmación podría ser válida para la mayoría de los casos estudiados en América Latina una rápida ojeada al desarrollo de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental indica que los mismos se expandieron más rápidamente (particularmente en Italia, Francia y Alemania) durante el periodo en que los partidos y sindicatos de izquierda formalmente organizados se fortalecieron y aumentaron su apoyo electoral e influencia política. Los nuevos movimientos representaron prácticas paralelas a la tradicional representación política pero no la sustituyeron. Lo que hicieron estos movimientos fue expandir el "espacio político" disponible para los ciudadanos, trayendo a la arena pública las preocupaciones de la "vida cotidiana" y de lo "personal" (2).

Además del problema analítico de explicar la emergencia de movimientos sociales en sistemas políticos fuertemente diferenciados, existe otra distinción clave que hace difícil extraer generalizaciones que engloben los nuevos movimientos sociales en diferentes partes del mundo. Si bien en todos los casos los nuevos movimientos pueden diferenciarse de los partidos políticos y sindicatos tradicionales por estar más centrados en el campo del consumo que en el de la producción, en Europa los nuevos movimientos sociales constituyen principalmente una respuesta a las contradicciones presentes en una sociedad post-industrial, mientras que en América Latina los movimientos surgen

(*) Judith Adler Hellman es Profesora de Política y Social Science en York University de Toronto, Canada.

(1). Ver, por ejemplo, Tilman Evers, "Identity: the Hidden Side of New Social Movements in Latin America", en David Slater, ed., *New Social Movements and State in Latin America*, (Amsterdam: CEDLA, 1985), P.P. 43-71

(2). Judith Adler Hellman, "Women's Organizations and Politics in the Italian Republic: Continuity and Change in Nature of Women's Collective Action", ponencia presentada a la Conferencia de Cultura Política en la República Italiana, 1948-1988, Bellagio, Italia, 4-8 de julio de 1988.

claramente como una respuesta a demandas materiales primordiales. En las sociedades industriales avanzadas, los participantes del movimiento luchan por superar el vacío generado por la satisfacción de demandas materiales sin un correspondiente sentido de plena realización personal. Por el contrario, si bien los participantes latinoamericanos pueden disfrutar de un mayor sentido de realización personal como consecuencia de su compromiso en los nuevos movimientos sociales, sus luchas se organizan principalmente en torno a la satisfacción de necesidades básicas.

A estas diferencias fundamentales podemos añadir aquellas identificadas por David Slater en su tratamiento comparativo de los movimientos sociales europeos y latinoamericanos. El análisis de Slater se centra en los diferentes papeles del Estado en América Latina y en Europa Occidental. El autor señala varias diferencias críticas entre los contextos en los cuales crecen los movimientos sociales en América Latina y en Europa, entre ellos, el grado de penetración estatal sobre la sociedad civil, las diferencias en las funciones del Estado del Bienestar, el grado de centralización del poder estatal y la erosión de la legitimidad estatal (3).

UNA SIMILITUD CLAVE

A pesar de las diferencias de contexto que hemos señalado, esta claro que los movimientos sociales en América Latina y Europa Occidental comparten al menos una característica definitoria. Esta es su desconfianza fundamental hacia los partidos y formaciones políticas de la izquierda tradicional. Los participantes en los movimientos consideran a menudo que los partidos y los sindicatos están interesados en el éxito de los nuevos movimientos sociales en la medida en que pueden manipularlos para sus propios fines partidistas. Los activistas de los movimientos acusan a los partidos y sindicatos de arrebatarles su apoyo popular, socavando la fuerza de los movimientos a fin de reforzar las vacilantes posiciones de las fuerzas de la izquierda tradicional.

Por ejemplo, en su estudio del movimiento-coordinado en México, Barry Carr recoge una declaración hostil hecha a la prensa por el líder del Comité Nacional Coordinador del "Plan de Ayala". Refiriéndose al Partido Socialista Unificado de México (PSUM), al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y al Partido

Mexicano de los Trabajadores (PMT), dicho dirigente se expresó de la siguiente forma: lo que rechazamos son los intentos de los partidos de manipular el CNPA. Ellos nos consideran un botín y quieren sacar provecho de nuestra fuerza, algo que nosotros nunca permitiremos... la vanguardia de la izquierda está entre las masas, no en los partidos ni en la Cámara de Diputados"(4).

Lo más destacable de esta declaración es que el lenguaje de hostilidad hacia los partidos de lo que sólo es una pequeña, fragmentada y desesperadamente débil Izquierda Mexicana, podría confundirse con el del cualquier activista de un movimiento social nuevo en Italia hablando del Partido Comunista Italiano en el apogeo de su fuerza durante la mitad de los años 70, cuando disfrutaba del apoyo de casi dos millones de miembros y recibía los votos del 34,4% del electorado italiano. Es fácil entender como las feministas italianas, los ambientalistas o los activistas de movimientos pacifistas podrían haber temido una pérdida de identidad a través de su absorción en un partido de masa de izquierda fuertemente organizado como el PCI, con profundas raíces históricas y con amplias bases de apoyo(5). Pero que los términos de estas fuertes críticas sean tan similares para los movimientos sociales en México con respecto al PSUM, PMT y PRT es sorprendente y ciertamente indica que la cuestión de la autonomía es fundamental para **cualquier** nuevo movimiento social.

CIENTIFICOS SOCIALES Y EL FETICHISMO DE LA AUTONOMIA

El desarrollo de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental al final de los 60 ha sido cuidadosamente analizado y documentado (6), a menudo por los mismos participantes de estos movimientos (7). La literatura sobre los nuevos movimientos sociales en América Latina, por el contrario, ha sido en muchos casos producto de la observación (mayormente participativa y solidaria) de analistas externos a los movimientos y, en efecto, a menudo extraños al medio en el que se desarrollaron (8). En sus escritos, Frank y Fuentes distinguen entre movimientos del norte y del sur a partir de su base social: clase media en movimientos de Norteamérica y Europa y clases populares en América Latina. Si Frank y Fuentes tienen razón, no es sorprendente que los participantes en los movimientos del norte hayan escrito sobre sí mismos, mientras que los acti-

(3). David Slater, "New Social Movements and Old Political Questions: Some problems of Socialist Theory with Relation to Latin America", ponencia presentada al Congreso de Americanistas, Amsterdam, 4-8 de julio de 1988, PP.8-9

(4). Guillermo Correa, "La marcha recazo oportunismos", *Proceso* 389 (16 de abril de 1984), PP.29-31, citado en Barry Carr, "The Mexican Left, the Popular Movements, and the Politics of Austerity, 1982-1985", en Barry Carr y Ricardo Anzaldua Motoya, eds., *The Mexican Left, the Popular Movements, and the Politics of Austerity*, Center for U.S. - Mexican Studies, University of California, San Diego, #18, 1986, P.1.

(5). Para una crítica "movimentista" del partido Comunista Italiano, ver Judith Adler Hellman, *Journeys Among Women: Feminism in Five Italian Cities*, (New York, Oxford University Press, 1987), PP.40-46.

(6). Por ejemplo, A. Tourine, "Les nouveaux conflits sociaux". *Sociologie du Travail*, 1, 1975; Alberto Melucci, *Sistema politico, partiti e movimento sociali*, (Milano: Feltrinelli, 1977); Melucci, "Ten Hypothesis for the Analysis of New Movements", in D.Pinto, ed. *Contemporary Italian Sociology: A Reader*. PP. 173-194; y Sidney Tarrow, "Struggling to Reform: Social Movements and Policy Changes During Cycles of Protest", Western Societies Program Occasional Paper # 15, Center for International Studies, Cornell University, 1985.

(7). Por ejemplo Luigi Bobbio, *Lotta Continua: storia di una organizzazione rivoluzionaria*, (Milano: Silvelli, 1979); Guido Viale, *Il sessantotto fra rivoluzione e ristorazione*, (Milano, Gabriele Mazzotta, 1978)

(8). Ver Evers, op.cit., Slater, op. cit. 1988, Ernesto Laclau, "New Social Movements and the Plurality of the Social", in Slater, op. cit.,PP.27-42.

vistas del Tercer Mundo y su accionar han sido más a menudo descritos, analizados e interpretados por otros (9).

Varios de los rasgos de estos movimientos sirven de base para explicar su atracción como tema de investigación en el caso de los científicos sociales europeos y norteamericanos. Para algunos investigadores es estimulante presenciar el surgimiento de identidades nuevas y prácticas noveles. Lo que otros encuentran atrayente es el esfuerzo de los activistas por conducirse en un modo genuinamente democrático, en contraste con el contexto más amplio en el que se mueven, marcado por costumbres sociales autoritarias. Para otros el estudio de los movimientos latinoamericanos es una página más de su propia autobiografía política: les permite revivir una experiencia satisfactoria o corregir una práctica inadecuada de sus propios días de juvenil militancia en movimientos antiautoritarios en Europa. Además, la búsqueda de autonomía, “la defensa y afirmación de la solidaridad, la lucha contra la jerarquía y la alienación” (10) son todas características de los nuevos movimientos sociales que han conmovido profundamente a quienes los estudian.

Quizás lo más atrayente de los nuevos movimientos sociales para muchos investigadores es la alta representación de mujeres, tanto en las bases como en el liderazgo de estos grupos (11). Es difícil establecer si los nuevos movimientos sociales son más democráticos porque incluyen más mujeres o si atraen a más mujeres porque son menos jerárquicos. En cualquier caso, la participación de esa mitad de la población claramente ausente de las tradicionales organizaciones políticas es una característica común de los nuevos movimientos y una gran parte de lo que les caracteriza como “nuevos”(12).

Una base más cuestionable para la atracción de los estudiosos hacia los nuevos movimientos sociales es la creencia de que estos grupos no son políticos y no tienen ninguna relación con el desarrollo de la conciencia de clase o conflicto de clase. La presencia de miembros de diversas clases sociales ligados por reivindicaciones que rebasan la temática clasista, se cita a veces como evidencia de la naturaleza fundamentalmente no política de movimiento, como si lo que estuviera en juego fuera solo la distribución de agua potable o el transporte público y no el problema del poder y la capacidad de influencia política (13). En el discurso de algunos analistas, las “energías” del pueblo son “canalizadas”, su “potencial” es “captado”, ellos se sienten

“fortalecidos” (“empowered”). Pero nada de esto es identificado como político en el sentido más común del término. El énfasis está en lo “social” en los nuevos movimientos sociales (14). Estos análisis se caracterizan por lo que parece ser una inocencia calculada o un deseo poco sincero de retratar como “grato” (amigos en una comunidad trabajando juntos para resolver sus problemas) lo que el investigador personalmente puede considerar como “sucio” (actores políticos inmersos en una lucha por el poder), aunque sea solamente sobre sus propias vidas y su entorno inmediato.

Cualquiera sea la característica particular que primero atrae a los investigadores al estudio de los nuevos movimientos sociales en América Latina, su condición externa a los movimientos lo que podría explicar la actitud altamente protectora que, como no-actores encargados de la documentación y el análisis de este fenómeno en América Latina, ellos manifiestan. Como todo estudiante de metodología sabe, la identificación muy cercana entre un investigador con los sujetos de su estudio acarrea consecuencias positivas y negativas. Pero, más allá del precio emocional pagado por aquellos que se indentifican con los actores de los movimientos que estudian, muchos de los analistas de los nuevos movimientos sociales en América Latina agravan los peligros de la sobreidentificación con otro problema. Incluso cuando los movimientos que ellos estudian no son reprimidos abiertamente, estos académicos encuentran la estimación de los resultados de la lucha como un ejercicio difícil y deprimente. Esto ocurre porque en sus evaluaciones de éxito no logran diferenciar tres posibles resultados.

El primer resultado es el parcial o total cumplimiento de las demandas del movimiento por alguna agencia estatal. Tal hecho tiene a menudo el efecto de desmovilizar el movimiento y es etiquetado generalmente por los estudiosos como un claro ejemplo de cooptación y entendido como la muerte del movimiento como tal.

Una segunda posibilidad es la incorporación de un movimiento rural o urbano a la corriente de partidarios personales de una figura populista (tal como Janio Quadros o Leonel Brizola en Brasil) que, en el caso de una victoria electoral, promete proporcionar el alcantarillado, agua potable, líneas de autobús, tierra, crédito agrícola y otros bienes y servicios específicos que el grupo desea obtener(15).

9). André Gunder Frank y Marta Fuentes, “Nine Theses on Social Movements Internationally”, *Newsletter of International Labour Studies*, n. 34, Julio de 1987. Sin embargo, en una ponencia preparada para el XV Congreso de LASA, 1989, “The Role of Social Movements in the Analysis of Sociopolitical Change”, Susan Street señala una creciente tendencia de los líderes mexicanos para estudiar y recoger el desarrollo de sus propios movimientos. Véase Luis Hernández, *Las luchas magisteriales 1979-1981*, Vols. I y II, (Mexico, D.F.: Ed Movement, 1982-1984” en Carr and Anzaldua Montoya, op. cit. PP.59-74; y Pedro Moctezuma “Apuntes sobre la autogestión y el movimiento urbano popular”, ponencia presentada al Foro sobre Movimientos Sociales y Autogestión, Oaxtepec, Morelos, Septiembre de 1988.

(10). Slater, Op. cit., 1988. P.6

(11). Por ejemplo, tanto Carr, op.cit. y Frank y Fuentes, op.cit. subrayan la participación de mujeres como uno de los aspectos más positivos de los nuevos movimientos.

(12). Ver Jane S. Jaquette, (ed.), *The women's Movement in Latin America: Feminism and the Transition to Democracy*, (Bosto, Unwin Hyman, 1989).

(13). El concepto de nuevos movimientos sociales como “no políticos” esta muy difundido entre los investigadores canadienses. Esto, creo yo, refleja la influencia de las instituciones que subvencionan las investigaciones canadienses sobre esta materia.

(14). Es menos conflictivo entender esta fase de confusión cuando el movimiento examinado, está patrocinado por la Iglesia o es una comunidad eclesial de base. Se hace más difícil aceptar estas formulaciones cuando se emplean para describir movimientos de base no religiosos.

(15). Castells subraya el proceso por el cual el estado toma el control de las asociaciones vecinales a cambio de reparto y manejo de los servicios urbanos. Manuel Castells, “Squatters and Politics in Latin American: A Comparative Analysis of Urban Social Movements in Chile, Peru, and Mexico”, en Helen I. Safa, ed. *Towards a Political Economy of Urbanization in Third World Countries*, (Delhi: Oxford University Press, 1982), P.251

Un tercer resultado es la incorporación de un movimiento aislado geográficamente o temáticamente y muy específico en sus demandas, en la lucha política de más amplia base social dirigida por un partido o coalición de partidos (tales como el Partido de los Trabajadores (PT) en las elecciones brasileñas en 1986 o el PSUM en México) con la capacidad de formular un programa que va más allá de las demandas concretas y específicas del nuevo movimiento social.

Desafortunadamente, en los escritos de algunos investigadores no se hace ninguna distinción significativa entre estos tres resultados. Dadas sus preferencias por movimientos completamente autónomos, estos analistas ven la incorporación de una asociación barrial independiente en un movimiento de trabajadores socialistas más amplio como un resultado tan decepcionante como la cooptación por el Estado o la absorción en un plazo de relaciones personales. En cualquier caso la conclusión es que algo puro y maravilloso (un movimiento de base con apoyo popular) desaparece y es reemplazado por algo menos deseable. Estos escritores no reconocen ninguna diferencia fundamental entre desmovilización a través de cooptación, adherencia a una figura populista carismática basada en lealtades personales y la clase de aprendizaje político, el crecimiento de conciencia que puede ocurrir cuando un grupo de vecinos organizados en torno a objetivos estrechos y limitados se convierte en parte de una lucha más amplia(16).

Es difícil entender, aún sin entrar en el oscuro campo de la especulación sobre las predisposiciones psicológicas de los investigadores, la manifiesta preferencia de algunos analistas por el pequeño, débil, aislado, y poco poderoso movimiento comunitario frente al mismo grupo de gente una vez que sus demandas han sido satisfechas. Lo que está claro, sin embargo, es la línea antiorganizativa manifestada en el trabajo de quienes se muestran satisfechos con la espontaneidad de movimientos de base aislados y consternados cuando estos movimientos autónomos se vinculan a otros en una coalición política más fuerte, mucho mejor organizada y coordinada. Este sesgo podría simplemente reflejar profundas sospechas sobre la inevitabilidad de la burocratización en organizaciones centralizadas -incluso en esas que no corresponden a un modelo leninista-. Sin duda la preocupación con el problema de la burocratización ha sido un tema común para la izquierda europea desde el comienzo de siglo, cuando Michels por primera vez formalizó el problema como la expresión de la "ley de hierro de la oligarquía"(17). No es sorprendente, por lo tanto, encontrar

analistas preocupados con la suerte de los movimientos autónomos "engullidos" por partidos políticos.

Alternativamente, la idea de que los movimientos de base pueden ser absorbidos por partidos como el PSUM o el PT brasileño podría entenderse como una inclinación antisocialista o antiobrerista de los estudiosos que han "omitido una fase", pasando en forma directa de posiciones premarxistas a postmarxistas sin haber realmente experimentado un período en el que la lucha de los trabajadores, las coaliciones obrerocampesinas o la revolución social por lo menos **pareciera** como una buena idea. Estimulados por el postmarxismo desvergonzado de Mouffe y Laclau (19), escritores como Evers afirman similarmente que existen ahora nuevas y múltiples formas de subordinación que no pueden reducirse a los antagonismos de clase y que clase y lucha de clases no son ya elementos centrales en la transformación de la sociedad socialista contemporánea. Si esto es así, y Evers parece no tener ninguna duda, entonces los partidos tradicionales obreros o socialistas no podrían ser considerados como los instrumentos adecuados para producir el tipo de transformaciones que se requieren a fin de superar las formas de alienación que oprimen en el presente a los latinoamericanos. Debido a que Evers percibe los movimientos sociales como elementos diseñados no para cambiar las estructuras de poder sino, por el contrario para sobrepasarlas a través de la creación de "contraculturas", la incorporación de tales movimientos en luchas más amplias lideradas por partidos de izquierdas sólo puede ser caracterizada como un resultado completamente negativo(19).

En contraste con el punto de vista postmarxista, la posición marxista con respecto a los nuevos movimientos sociales es relativamente sencilla. Estudiosos como Lucio Kowarick señala un vínculo directo y lógico entre las luchas de los trabajadores en el campo de la producción y aquellas de los grupos vecinales en torno a temas relacionados con el consumo. Kowarick señala que el "milagro" brasileño estuvo basado en una estrategia de explotación de la fuerza de trabajo en las fábricas y una paralela limitación de los bienes y servicios de consumo colectivo disponibles para los pobres urbanos. Así, cuando los sindicatos brasileños se movilizan para luchar contra la superexplotación de los trabajadores y las asociaciones de barrio combaten el suministro inadecuado de servicios sociales, sus actividades tienden a "fusionarse" en forma que va más allá de lo coyuntural. La acción colectiva que conecta varias formas de protesta se transforma, por definición, en una lucha común en dos frentes de la misma batalla contra la explotación capitalista y la "pauperización" que esta conlleva (20).

(16) Véase Evers., op. cit., and N. Vink, "Base Communities and Urban Social Movements" A case Study of the Metalworkers Strike 1980, Sao Paulo, Brazil". In Slater, ed. op. cit., 1985.

(17) Roberto Michels, *Political Parties*, (New York; Dover, 1959)

(18) E. Laclau y C. Mouffe, "Post-Marxism without Apologies" *New Left Review*, n° 166 noviembre/diciembre, 1987, pp. 79-116; y Laclau y Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, London: Verso, 1985).

(19) Evers, op. cit.

(20) Lucio Kowarick, "The Pathways to Encounter: Reflections on the Social Struggle in Sao Paulo", en Slater, op. cit. 1985. PP 86-9.

EL MOVIMIENTO CARDENISTA Y LA CUESTION DE LA AUTONOMIA EN LOS MOVIMIENTOS DE BASE

El examen de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 arroja luz sobre algunos de los problemas analíticos y debates analizados anteriormente. En el caso de México, no caben dudas que el desarrollo previo de las asociaciones locales de vecinos, los movimientos de estudiantes, las coordinadoras y las tendencias democráticas dentro de los sindicatos proveyeron un apoyo e ímpetu crucial en la ruptura de Cárdenas y otros priístas reformistas con el Partido de la Revolución Institucional (PRI) (21). La actividad organizativa de base de la última década creó un contexto de movilización popular dentro del cual fue posible concebir, y por último también hacer factible, una ruptura progresista/reformista con el partido oficial. Que el Frente cardenista, el Frente Democrático Nacional (FDN), pudiera erigirse sólo sobre la base de estos primeros esfuerzos organizativos es un hecho claro. Pero, ¿cuál es el significado del cardenismo para esos mismos movimientos sociales?. ¿Significó la entrada de tales grupos en una coalición electoral el fin de estos movimientos como auténticas expresiones populares de base?.

El primer problema analítico que surge en el intento de responder a estos interrogantes es determinar cómo categorizar el vínculo entre los movimientos sociales mexicanos y el frente cardenista. ¿Debe ser entendido como un ejemplo de la forma en que movimientos urbanos y rurales son capturados como parte del movimiento clientelista de un líder populista?. ¿O debería ser visto como una instancia de la incorporación de movimientos aislados geográfica o temáticamente en un espacio político más amplio, articulado en torno a un programa que incluye una perspectiva de cambio global e incluso radical?.

Si el FDN hubiera alcanzado el poder, no sólo habría millones de mexicanos contentos, sino que gran parte de nuestro dilema analítico estaría resuelto. Pero considerando lo sucedido, nuestra única alternativa es considerar estos problemas en forma especulativa. Si el Frente cardenista hubiera sido sólo un movimiento populista, la clientela personalista de un líder carismático, entonces su naturaleza habría sido revelada cuando Cárdenas, una vez a cargo de la presidencia, hubiera basado su accionar en la satisfacción de las demandas más superficiales de sus bases de apoyo a través de concesiones concretas pero limitadas. Por el contrario, si como presidente de la nación Cárdenas hubiera llevado a cabo cambios estructurales radicales, en retrospectiva podríamos decir que los nuevos movimientos

sociales que lo habían apoyado, fueron incorporados en un movimiento político más amplio con objetivos más globales y radicales que las posiciones originalmente mantenidas por cada grupo (22).

A primera vista podría afirmarse que la plataforma política de Cárdenas no era un programa global de cambio, sino como máximo una fórmula para la reforma dentro de la tradición mexicana de nacionalismo económico y desarrollo con justicia social. Sin embargo, la misma dinámica de incorporación de los nuevos movimientos sociales en coaliciones electorales tiene consecuencias radicalizantes. A menudo, activistas de movimientos sociales que participan en una coalición electoral progresista pueden ejercer un grado importante de influencia en sus nuevos aliados, estimulando nuevos conceptos proporcionando nuevas maneras de entender los problemas sociales y proponiendo nuevas soluciones a esos problemas. Algunos analistas, tal como hemos señalado, insisten en ver la incorporación de movimientos sociales autónomos en movimientos políticos de mayor alcance como un hecho que inevitablemente representa la pérdida de una auténtica voz popular. Pero los que mantienen esta postura no han entendido que el encuentro entre movimiento y partido es un proceso dialéctico a través del cual, tanto el movimiento como el partido, experimentan un proceso de cambio, ya sea el partido en cuestión uno pequeño, situado precariamente en una coalición de izquierda, o uno con las proporciones del Partido Comunista Italiano, con 1,8 millones de miembros (23).

Es necesario recordar el carácter dialéctico de la relación entre movimientos y partidos cuando nos preguntamos si el neocardenismo acabó con las identidades creativas de los nuevos movimientos sociales que incorporó a sus filas. El ejemplo de los movimientos sociales brasileños durante las elecciones de 1986 es útil para ilustrar este punto. Ilse Scherer-Warren ha descrito los movimientos de base de Sao Paulo como una "transición" hacia formas más amplias de expresión popular o de "conquista del espacio político"(24). Para Scherer-Warren, la autonomía de los nuevos movimientos sociales con respecto a los partidos políticos es una situación transitoria. De acuerdo a este argumento, en última instancia los movimientos de base en Brasil tienden a preparar a sus activistas para la participación política en elecciones directas. Pero para retener el apoyo de los grupos de base que conforman la alianza electoral, los nuevos partidos de izquierda que emergieron con la abertura en Brasil deben incorporar las demandas de esos movimientos en un programa radical de cambio. En el análisis de Scherer-Warren este proceso a la creación de una nueva cultura práctica,

(21) Véase Saul Escobar, "The Possibility for Democracy", *The Other Side of Mexico*, México D.F., 15 de agosto, 1988, PP.4-5.

(22) Sobre la distinción entre movimientos basados en vínculos personalistas e ideológicos, véase Judith Adler Hellman, "The Role of Ideology in Peasant Politics", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Vol 25, n.1, febrero de 1983, PP:3-29.

(23) Para una discusión de la manera en la que el movimiento feminista alteró al Partido Comunista Italiano, véase Stephen Hellman, "Feminism and the Model of Militancy in a Italian Communist Federation: Challenges to the Old Style Politics", en Mary Fainsod Katzenstein and Carol Mueller, (eds.), *The Women's Movements of Western Europe and the United States: Changing Theoretical Perspectives*, (Philadelphia: Temple University Press, 1987), PP.132-151. Con respecto al impacto de feministas brasileñas en el PT, ver Sonia E. Álvarez, "Women's Movements and Gender Politics in the Brazilian Transition", en Jene Jaquette, ed., *The Women's Movements in Latin America: Feminism and the Transition to Democracy*, (Boston: Unwin Hyman, 1989), PP: 18-71.

(24) Ilse Scherer-Warren, "O caracter dos novos movimentos sociais", en Ilse Scherer-Warren y Paolo J. Krischke, ed., *Uma revolucao no cotidiano? Os novos movimentos sociais na America do Sul*, (Sao Paulo: Editora Brasiliense, 1987), P.48.

un proceso a través del cual el viejo modelo de autoritarismo puede ser quebrantado (25).

Del mismo modo, Sonia Alvarez sugiere la posibilidad de que los movimientos de base puedan "promover una cultura política que fortalezca la democracia", impulsando o extendiendo "los parámetros de la política democrática" y abriendo el camino hacia el desarrollo de vínculos efectivos, superadores del clientelismo tradicional, entre activistas de los movimientos y partidos políticos. El trabajo de Alvarez sobre movimientos de mujeres en Brasil da a entender que los partidos y los gestores políticos pueden adaptar sus prácticas políticas para llegar a ser más sensibles a los intereses populares articulados por los movimientos sociales(26).

Lo más significativo acerca de la movilización popular en México en 1988 no es simplemente que el cardenista FDN fuera capaz de presentar un desafío importante al sistema de partido único, o que ganara probablemente una pluralidad de votos en el país e incuestionablemente mayoría de ellos en áreas claves de la república. Más importante aun es el hecho de que el FDN hizo todo esto a través del fortalecimiento de su relación con la base constituida por nuevos movimientos sociales que permanecieron activos y diferenciados a nivel local (27). Los analistas de la apertura en Brasil interpretan el apoyo esencial dado por los nuevos movimientos sociales a los partidos izquierdistas como un paso crucial para el desarrollo de una nueva cultura política. Así también, en el caso del mexicano, los vínculos entre los movimientos de base y un frente electoral progresista/populista ofrece la oportunidad para que nuevos actores sociales contribuyan con perspectivas nuevas y radicales acerca del programa de transformación que requiere la sociedad mexicana. Como Jorge Tamayo señala:

"La repentina politización de estos recientes movimientos sociales y su inclusión en el proyecto nacional del cardenismo no ha afectado hasta ahora su independencia. Al contrario, su participación política les ha permitido extender sus alianzas intersectoriales sin disminuir su autonomía" (28).

El juicio de Tamayo sobre la situación es ratificado con la afirmación de Francisco Salcedo, líder de la Asamblea de Barrios en la ciudad de México:

"Junto con otras organizaciones del movimiento popular nosotros hemos discutido la relación entre el movimiento y los partidos. Existe la idea, muy difundida dentro de los movimientos, de que la participación en la política electoral representa una pérdida de consistencia para el movimiento, es decir, que el partido usa al movimiento.

Pero eso no nos ha ocurrido a nosotros. Nuestra participación en el frente cardenista ganó para nosotros una gran credibilidad y facilitó nuestro crecimiento. Las personas que se unen a la Asamblea ahora están principalmente interesadas en la lucha por la democracia y no sólo en la lucha por la vivienda. Siempre y cuando no perdamos de vista el hecho de que la columna vertebral de nuestra lucha es y debe seguir siendo el derecho a una vivienda digna, la adhesión de estos otros sectores es un aspecto muy positivo.

El movimiento es muy importante para el partido y es el movimiento el que moldea al partido que, a su vez, sirve como el instrumento político que la gente precisa. Tenemos que jugar un papel activo dentro del partido a fin de que éste sea permeable al movimiento y, por lo tanto, para que sea el pueblo el que dé forma a su programa (29)".

CONCLUSIONES

Como hemos visto, la desconfianza hacia los partidos políticos tradicionales es una característica compartida por los movimientos de base tanto en América Latina como en Europa Occidental. La suposición de que los objetivos de los movimientos y de los partidos políticos son fundamentalmente **contradictorios** (y no simplemente el sitio de tensiones) es un punto de vista expresado no sólo por los activistas de los movimientos sociales, sino también por observadores académicos.

La inquietud de los analistas con respecto a la supervivencia de los movimientos sociales y la preservación de su independencia original debe ser entendida como el corolario lógico de la observación de que los movimientos de base pueden desaparecer de la escena como actores autónomos, y lo han hecho a menudo, una vez que le han dado su apoyo, se han aliado formalmente o, en alguna otra forma, han cedido su puesto a los partidos políticos.

Pero esta posición pasa por alto la posibilidad de que los movimientos puedan influir a los partidos o contribuir al surgimiento de nuevas formaciones políticas radicalizando y transformando los programas políticos y dictando una agenda de nuevos temas, fenómeno que ha ocurrido de hecho en México y Brasil, así como en Francia, Italia y Alemania Occidental.

La experiencia de los movimientos sociales italianos ofrece, en este sentido, algunas claves importantes para los latinoamericanistas. El grado de reacción del Partido Comunista Italiano a las presiones ejercidas por los activistas de grupos de mujeres, verdes, pacifistas y homosexuales ilustra la forma en la cual un partido puede ser transformado por su contacto con los movimientos

(25) Ibid.

(26) Sonia Alvarez, "Conceptual Problems and Methodological Impasses in the Study of Contemporary Social Movements in Brazil and the Southern Cone", ponencia presentada al XV Encuentro de LASA, Miami Florida, diciembre de 1989, PP:17-8.

(27) Jaime Tamayo, "Neoliberalism Encounters Neocardenismo", y Francisco Pérez Arce, "The Enduring Union Struggle for Legality and Democracy", en Joe Forewaker y Ann L. Craig, eds., *Popular Movements and Political Change in Mexico*, (Boulder y London: Lynne Rienner Publishers, 1990), PP:121-136 y 105-120.

(28) Tamayo, op. cit. P.134

(29) Entrevista con Paco Salcedo de la Asamblea de Barrios, México, D.F., junio de 1991.

sociales. Sin lugar a dudas, los cambios que se están produciendo en el comunismo italiano también reflejan el aislamiento político que el PCI sufrió en los años 80 y el reciente colapso del comunismo en Europa del Este. Pero la refundación del Partido Comunista Italiano como el Partido Democrático della Sinistra (PDS) es también un indicador claro de la influencia e impacto de los movimientos sociales activos en Italia desde finales de los años 60. El proceso de transformación que comenzó con la imposición de una cuota femenina del 50% a nivel de la conducción, la selección de activistas homosexuales para encabezar algunas listas electorales y la formulación de una postura de oposición a la energía nuclear, concluyó con el cuestionamiento del mismo símbolo, nombre e identidad que nucleaba a sus miembros alrededor del partido (30).

Así, hoy en día, podemos presenciar los principios de un

partido tradicional de izquierda que trata de rehacerse a sí mismo en una forma que resulte atrayente para los “nuevos sujetos sociales”, cuyo apoyo necesita con desesperación. En este respecto, el caso italiano puede señalar posibles realineamientos en la relación entre los movimientos sociales y los partidos en otras regiones del mundo. La capacidad de los nuevos movimientos sociales para movilizar sectores dinámicos y crecientes de la población, tradicionalmente ignorados por los partidos políticos o antagónicos a las formas tradicionales de organización de los partidos, ha contribuido a la crisis de la política partidaria en Europa y América Latina. Y es precisamente esta crisis la que ha forzado a los partidos a ser permeables a los nuevos movimientos, con la esperanza de alcanzar a aquellos sectores de la población -los “nuevos sujetos” en Europa o las “nuevas masas” en América Latina- cuya relevancia política no puede ser ignorada ya por más tiempo.

RESUMEN

Este ensayo explora las diferencias existentes entre los movimientos sociales de América Latina y Europa Occidental pero ubica una similitud importante en la actitud de desconfianza extrema que ambos manifiestan hacia los partidos políticos tradicionales. La preocupación constante con respecto a la autonomía del movimiento se manifiesta tanto en la actitud de los activistas como en la de los investigadores que los estudian. Sin embargo, la autora sugiere que gran parte del temor de pérdida de autonomía es infundado ya que muchas veces la capacidad de los movimientos de radicalizar a los partidos es superior al poder de los partidos de subyugar e incorporar a movimientos sociales dentro de sus estructuras partidarias.

ABSTRACT

This paper explores the differences between Western European and Latin American social movements but finds that, overall, both are characterized by extreme distrust of traditional parties. Intense concern for movement autonomy is expressed both by movement activists and the researchers who study them. However, the author argues that much of the fear of loss of autonomy is misplaced because movements often radicalized parties far more than parties subdue the movements they incorporate into their fold.

(30). Para un análisis feminista de este proceso de transformación ver Angela Cattaneo y Marina D'Amato, *La politica della differenza: dati e analisi per uno studio del rapporto donne/partiti*, (Milano: Franco Angeli Libri, 1990), Roberta Tatafiore, ed. *A prova de donna: Interviste sulla svolta del PCI*, (Roma: Cooperativa Libera Stampa, 1989); Roberta Tatafiore, “Compagne dagli occhi asciutti”, *Noi Donne*, año 45, número 4, abril de 1990, PP.26-9; y Claudia Mancini et. al. “Il PCI e le differenze fra le donne”, *Reti*, febrero de 1990, número 1.

